
Libros

Las tribus de «La Tribu»

Donato Ndongo-Bidyogo

EN uno de los capítulos de su manual sobre Literatura y praxis, que a mí me parece importante para todo escritor, Dieter Wellenshoff saca a flote una perogrullada —él mismo utiliza esa palabra— que casi nunca se quiere asumir: que un libro no es sino una mercancía que el escritor vende al editor, el editor al librero, el librero al público. Según esta inexorable ley, los libros que se mantienen en el mercado lo hacen por su propia consistencia, por sus inmanentes normas espirituales, por su mensaje, por su calidad artística, en suma. Como el escritor conoce ya previamente todo este mecanismo, se condiciona a la hora de elegir y/o enfocar el tema en función de su adaptabilidad al organigrama mercantilista del editor, que, a fin de cuentas, le catapultará a la gloria, maná casi único con el que esperamos alimentarnos los náufragos del diez por ciento.

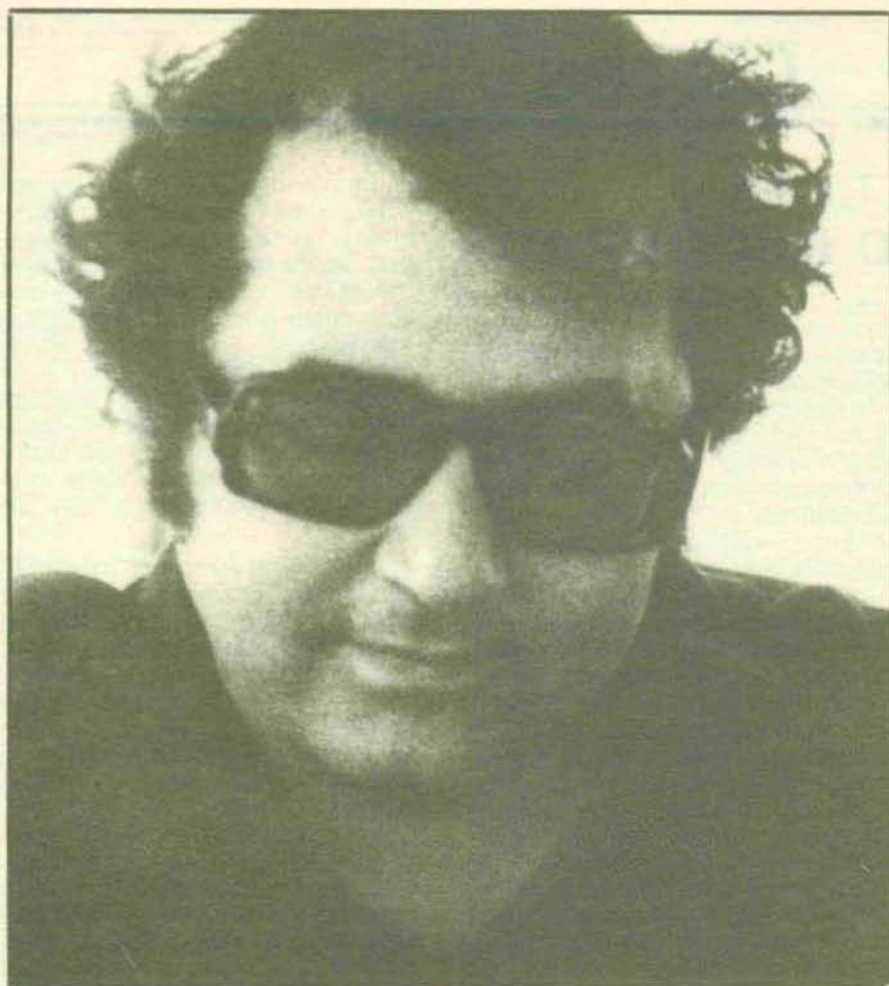
TODO esto viene a cuento porque, después de leer **La Tribu** (1), lo primero que se me ocurrió fue preguntarme por su concepción: ¿una reflexión sobre los avatares de los «enviados especiales» en un acontecimiento cualquiera, con Guinea como pretexto? ¿Una descripción de la caída de Macías y los albores de la actual situación guineana, con los «enviados especiales» como protagonistas? Leído desde cualquiera de las dos ópticas, resulta un libro cautivador, palpitante y entrañable, pero el análisis y sus conclusiones varían. El periodista Manuel Leguineche, un auténtico «monstruo sagrado» del género, muestra las bajezas inherentes a este oficio competitivo y castrador, el del «club de las cuatro D: los depresivos, los deslenguados, los dipsómanos y los divorciados». Un oficio en el que todo sirve, como en la guerra o en el amor —según se dice—, desde el codazo al pisotón, y en el que el atractivo desde fuera

apenas es compensado por las incomodidades materiales, que llegan al hambre o al no dormir durante días; en el que la promesa de una quimérica gloria no resarce de la general incompreensión de los protagonistas de la noticia, que pasa por el desprecio para llegar con demasiada frecuencia a la muerte. Leguineche describe una situación y reflexiona sobre un mundo que conoce bien, pues es su oficio, es su vida, y por eso mismo esa descripción y esa reflexión podrían haber tenido como marco cualquier otro escenario, Saigón o Stanleyville, Teherán, Managua, Lisboa u Onitsha. ¿Por qué se desarrolla la acción en Guinea Ecuatorial? Aquí enlazamos con la segunda de las primeras preguntas, y también con la perogrullada de Wellenshoff: Guinea es un tema «caliente», política y periodísticamente, un tema atractivo, todavía no manido, interesante para la opinión pública española quizá por una conciencia colectiva de culpa. Leguineche ha declarado que su primer escenario para la acción de su relato fue Teherán, con

el sha tambaleándose; luego la trasladó mentalmente a la Managua de la que huía Somoza, pero que se decidió por el Malabo que intentó reconquistar «Papá Macías», en vano y contra todo sentido histórico, después de cinco años de haberla abandonado a la suerte de su viceministro de Defensa, hoy presidente de la República. La concatenación de las tres evicciones, obvio es, acercaba el tema al lector español.

Desde una lectura guineana, pues, el libro, además de ser oportuno, cobra una nueva dimensión. Esas pinceladas de colorido tropical interesarán mucho a los lectores españoles, a quienes Salgari, Kipling o Conrad caen muy lejos. La, a veces, minuciosa descripción de las circunstancias históricas del país, de su primer presidente y sus obras y milagros, y del golpe de Estado, envueltas bajo la forma estilística de crónica —crónicas frustradas, jamás transmitidas a Madrid—, quizá ayuden a situar al lector, como pretende el «enviado especial» Estanislao Cunill en su **artículo de documentación**, so-

(1) LA TRIBU, Manuel Leguineche. Ed. Argos Vergara, Barcelona, 1980.



MANUEL LEGUINECHE

bre las circunstancias que desencadenaron el golpe. Pero le dan al libro un aire no fácilmente comprensible, ni comprendido, para los lectores sin sentido crítico, es decir, sin sentido del humor. Y el guineano, genéricamente, carece de ambos en esta etapa de transición hacia no se sabe bien qué, jalonada por las mismas miserias heredadas del «Gran Cabrón». Por eso creo útil subrayar que este que comento no es necesariamente un libro de historia, aunque contenga valiosos elementos para el juicio histórico, por lo que es inútil ir a buscar en él, sistemáticamente datos exactos sobre el desarrollo de todos los hechos, en el tiempo o en el espacio. Es, ni más ni menos, la crónica narrada de unos sucesos, el relato de unos acontecimientos pasados por el tamiz crítico de un enviado especial, Mario Molinos en la ficción, el propio Leguineche en la realidad. Si al primero puede reprochársele un cierto eurocentrismo en la visión de la realidad guineana, su incomprensión

—atávica, inconsciente— de algunas situaciones, de algunos personajes, del estado de ánimo de los habitantes de la ex colonia española tras once años de una inenarrable tiranía, al segundo se le puede acusar de cierta improvisación, pues el suyo es, en algunos puntos especialmente sensibles, un libro escrito deprisa: una más minuciosa investigación—exigible al autor del libro, disculpable en el ficticio enviado especial— hubiera podido evitar errores del tipo de «los fang en su avance arrojaron a los bubis a la isla que los portugueses llamaron Formosa» (pág. 183), cuando la realidad es que el primer encuentro entre ambos grupos étnicos fue como consecuencia de la colonización, ya bien entrado el siglo XX. Y algunas cosas más (2).

(2) *Cierto es que Leguineche me requirió para que leyera su original, pero una serie de circunstancias impidieron dicho propósito. Y lo hago constar en favor de la probidad del autor del libro, aunque, con éste entre mis manos, deba señalar las fallas con honradez.*

En cualquier caso, y mirando el libro como unidad (es decir, como es y nada más), el buen hacer, el **oficio**, que se dice, de Manuel Leguineche consigue mantener el interés del lector, desde la primera página hasta la última, sobre dos mundos y dos circunstancias perfectamente entrelazados, y por igual desconocidos por el gran público. Leguineche ha tenido la osadía de abordar un tema difícil y delicado—no en vano Guinea ha sido, y hasta cierto punto sigue siendo «materia reservada»—, y, hay que decirlo, consigue su propósito plenamente: informar y entretener a los lectores, a sus muchos lectores, sobre las dos temáticas acometidas con el mismo amor, porque de la lectura del libro se desprende un profundo amor a la profesión periodística, un profundo amor al pueblo guineano.

Claro que pudo haber iniciado su relato contando el original modo en que «la tribu» emprendió su aventura guineana aquella noche del 9 de agosto en Barajas. No lo ha hecho, y sus razones tendrá. Y si desde lo anecdótico el lector quedará intrigado intentando averiguar la verdadera personalidad de la vital Cari Esplandiu o quién es Cándido Planas, y así todos los «enviados especiales» y hasta algún director de periódico—ejercicio siempre estimulante en las obras en que la realidad ha sido apenas velada con una gasa transparente—, lo que desde el primer momento se le ofrece es una perfecta información, y a veces con datos inéditos, sobre la génesis, gestación, desarrollo y desenlace del golpe que derribó a Macías «El Tigre» y devolvió parte importante de su soberanía al pueblo guineano. Tengo la impresión personal de que Leguineche ha huido deliberadamente de la ficción en su sentido puro, para presentarnos una doble realidad dulcificada por la amenidad estilística, pero cruda por los hechos. De modo que no es un libro de aventuras, al estilo de Lartéguy o Lawrence Sanders, ni una novela de ambiente africano, sino una hábil y original narración de vivencias humanas, con todo el calor y toda la vitalidad de un trabajo concebido como testimonio y ejecutado con autenticidad. ■

D. N.-B.